

Introducción

La propuesta que les voy a hacer para los tiempos que compartiremos estos tres días santos, es la de un acercamiento personal y orante al Misterio de la Pascua del Señor. Mis palabras van destinadas a ayudar a dicho ejercicio de oración personal: mi objetivo no va a ser otro que dejarles a las puertas de diversas escenas del evangelio, y animarles a entrar personalmente en ellas, para que en la intimidad del encuentro y de la cercanía con Jesús cada uno experimente la gracia singular y siempre nueva que nos es prometida.

El acercamiento que les propongo a algunas escenas de la Pasión va a estar marcado por dos sugerencias que hace San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios y que yo hago mías.

La primera es que nuestro acercamiento sea un acercamiento «contemplativo»: que nos acerquemos a la escena discretamente: con los ojos, los oídos y el corazón bien abiertos, sencillos, atentos al detalle, para dejarnos impactar por ella. Se trata no tanto de que seamos nosotros quienes tomemos la iniciativa, sino que dejemos que sea el propio misterio el que nos hable, el que nos toque. Y mucho más aún hemos de evitar en nuestra contemplación que nuestra oración se convierta en un ejercicio moral o, menos aún, de comparación o medida con Jesús.

La segunda sugerencia ignaciana que recojo y les planteo es que nuestra contemplación se centre en la persona de Jesús. Si me permiten decirlo de un modo algo contundente, que no contemplemos la Pasión, Muerte o Resurrección de Jesús, sino a Jesús que padece, muere y resucita; que contemplemos no la Pascua de Jesús, sino a Jesús en su Pascua. Se trata, pues, de contemplar a Jesús en algunos momentos de su Misterio Pascual, de acercarnos a Él, con ojos bien abiertos y con un corazón lleno de deseo. Un acercamiento lleno de deseo pero también pleno de humildad, para que evitemos el peligro de colocarnos nosotros en medio de la escena, o de interponer nuestro ego como pantalla entre la escena o el misterio que contemplamos y nuestro corazón.

Para ayudar a que no nos dispersemos en nuestra contemplación de Jesús vamos a concretar nuestra mirada y nuestra escucha en estos tres días en tres frases directas de Jesús. Frases pronunciadas en distintos momentos de su Misterio Pascual, dichas a personas de condición diversa y en situaciones bien distintas, pero todas ellas llenas de sentido y de vida para nosotros.

Textos de Darío Mollá Llácer sj

«Judas, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?» (Lc 22,48)

La escena que les propongo para centrar nuestra contemplación de esta noche es la escena del prendimiento. Tras la Cena de despedida, que hemos celebrado solemnemente esta tarde, tras la oración de Getsemaní.

Podemos imaginar brevemente la escena. Pasamos de la intimidad de la Cena y la soledad y silencio de la oración en el Huerto, a la algarabía, el alboroto, la tensión, la agresividad de unos y el miedo de otros en el prendimiento. Frente a frente, en el primer plano de la escena, dos personajes: Jesús y Judas. Fijamos nuestra atención en ese primer plano. Frente a frente dos viejos conocidos. Dos viejos conocidos que han compartido en los últimos años muchas y diversas vivencias y experiencias. Experiencias en público, en medio de la multitud, pero también confidencias en pequeño grupo. Dos viejos conocidos que han compartido, hasta hace muy poco tiempo, ideales de vida.

No es, evidentemente, la primera vez que Jesús y Judas se encuentran y se miran de frente. Tampoco es la primera vez que en aquella noche se encuentran uno frente al otro. Pocas horas antes han compartido la cena, una cena muy especial. Durante la misma, cada uno sabía ya, donde estaba el otro. Ambos estaban al límite: al límite de su entrega y de su amor el uno, al límite de su abismo el otro. En la cena ha habido un momento especial y muy difícil para ambos, momento en el que Jesús ha depositado toda su ilusión y su intensidad de amor y que, sin embargo, a un Judas decidido a la traición, se le ha hecho insoportable e inacabable. Ha sido cuando Jesús, «despojado del manto y ceñida la toalla» (Jn 13,4), renunciando a su condición de señor y maestro y asumiendo la condición de esclavo, se ha puesto a lavarle los pies. ¡Qué difícil y duro ha sido ese momento para ambos! Jesús no ha querido evitarlo; como advierte San Ignacio en los Ejercicios, «lavó los pies de los discípulos, hasta los de Judas» (EE 289). Empezó por Simón, siguió por los demás y Judas, agitado y confundido, lo vio ponerse ante él. ¿Hubo palabras entonces? El evangelio no lo dice. Pero con palabras o sin ellas nos es posible contemplar a Jesús a los pies de Judas, solo

unas breves horas antes de contemplarlos a los dos de pie, frente a frente, en Getsemaní. Seguramente vale la pena detener nuestra contemplación en este momento antes de contemplarlos de nuevo a ambos en el prendimiento.

Horas después, ya no en la intimidad de la cena, sino en el tumulto de Getsemaní, se vuelven a encontrar. Ahora es Judas quien se acerca para besar a Jesús, para darle un beso, un gesto que significa para los judíos el reconocimiento del discípulo al maestro y el amor para los cristianos. Es entonces cuando Jesús pronuncia las palabras que les propongo que escuchemos con más atención y profundicemos: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lc 22,48).

Una frase breve, apenas una pregunta llena de incredulidad y dolor, pero repleta de palabras cargadas de sentimiento: «Judas»: el nombre individual y personal del amigo, con ese plus afectivo que tiene siempre en el evangelio, y en la vida, llamar a uno por su nombre. El «beso», signo de respeto, reconocimiento y paz entre judíos y entre cristianos. El verbo «entregar», verbo clave en el evangelio para hablar del significado de la muerte de Jesús. Frente a frente el amigo que entrega, que traiciona, y el amigo que se da.

En esa pregunta de Jesús se sintetiza no solo lo que está sucediendo esa noche, en ese lugar y momento, sino que se sintetiza mucho de lo que es historia humana. Una historia permanentemente atravesada por un doble misterio: el misterio de una infinita e incondicional capacidad de amar por parte de Dios, pero también el misterio de una increíble capacidad humana de negarse al amor. En el beso de Judas contemplamos uno de los gestos más básicos del amor, convertido en gesto de traición; y en la palabra personal y cariñosa de Jesús a Judas admiramos que ni siquiera el dolor de la traición impide su entrega por amor. No solo «podría destruir a sus enemigos y no lo hace», como dice Ignacio en los Ejercicios (EE 196), sino que hace un último intento para liberar al amigo Judas de su tragedia.

Jesús frente a Judas representa la incondicionalidad del amor de Dios por nosotros. Un amor sostenido. Un amor a prueba de todo. Un amor también a prueba de engaño y traición. Un amor hasta el límite: un límite que pone el hombre, pero no Dios. Como dice Ignacio en su contemplación de la Cena: «acabada la Cena, Judas se sale a vender a Cristo nuestro Señor» (289): es Judas quien se sale de la Cena, no es Jesús quien le excluye. Y Jesús no solo no le excluye de la Cena, sino que tiene con él los mismos gestos que con los demás: compartir el pan, lavarle los pies... Seguramente con la esperanza, al fin frustrada, de conmover su corazón. No hay límite, ni duda, ni restricción, ni excepción, ni condición en el amor de Jesús por sus discípulos, por Judas incluido. Es Judas quien se va. Somos nosotros los que nos vamos, los que nos salimos, los que olvidamos...

Pero la imagen de Jesús frente a Judas es también la imagen de profundo misterio que nos es necesario contemplar mucho si queremos llegar a la madurez humana y cristiana: el misterio de un amor, el de Jesús, que, pese a su infinita radicalidad, pese a su total incondicionalidad, se manifiesta inútil, impotente, incapaz de cambiar el corazón de Judas, de hacerle desistir de su propósito. Ni en la intimidad de la Cena ni en el alboroto del Huerto, la palabra, el gesto o la mirada de Jesús cambian la determinación de Judas. En ese asumir la impotencia, sin renunciar por ello a la entrega, es cuando el amor de Jesús se hace más gratuito, más sobrenatural, más salvador y también más iluminador para nosotros. También nuestro amor a alguien, por grande y sincero que sea, puede fracasar y estrellarse contra su impotencia. No nos cabe entonces sino seguir amando con más gratuidad. Simplemente porque seguimos a Jesús.

Después de fijarnos más en Jesús, podemos también pasar un tiempo contemplando particularmente a Judas frente a Jesús. Sin duda conmovido, sin duda agitado por dentro, sin duda hecho un mar de sentimientos contrapuestos... pero incapaz ya de volver atrás. No lo hizo en la intimidad del cenáculo, menos lo puede hacer ahora en el huerto. Su corazón ya está definitivamente acorazado frente a todo gesto o palabra; la suerte está echada. La traición no es de hoy ni de ayer, no es de un momento... Es un proceso de alejamiento, de distanciamiento, de insensibilidad... que comenzó hace tiempo, que no tendría por qué haber llegado tan lejos, pero que ahora ya no hay quien detenga ni controle... Judas frente a Jesús representa esa increíble y misteriosa capacidad humana de rechazar y destruir aquello que ama.

Frente al misterio de un amor incondicional pero, sorprendentemente, débil, nos aparece también en esta contemplación el misterio de una impresionante capacidad humana de rechazar el amor, de dejarse tomar el corazón por cualquier dios menor, el misterio de esa increíble fuerza de destruir que tenemos los humanos... Y de pervertir lo más noble, lo más sagrado: de hacer de un beso la señal de una traición.

En el cruce de esos dos misterios que se da esta noche, el misterio de un Dios que ama incondicionalmente y el misterio de un hombre capaz no solo de ignorar, sino de rechazar y oponerse a ese amor, está la Cruz de Jesús, la entrega de Jesús. En el cruce de esos dos misterios, el misterio de un Dios que tiene un proyecto de vida y fraternidad para la humanidad y el misterio de una humanidad capaz de enmendar la plana a Dios, están desde el comienzo de la humanidad tantas cruces y tantos crucificados como hay en nuestra historia.

Judas frente a Jesús: Jesús frente a Judas. Ambos de pie. Contemplarlos. En el Huerto. Quizá entonces ya las cosas no tenían solución: Judas posiblemente ya

no tenía la capacidad de mirar a los ojos a Jesús... Pero contemplarlos también en el Cenáculo. Jesús y Judas también frente a frente. Con una diferencia sustancial, paradójica, llena de evangelio: entonces, en la Cena, no estaban de pie: Jesús no está de pie, sino a los pies. Esa fue quizá la ocasión perdida por Judas.

Y dos breves apuntes para acabar. El primero: que es en la incondicionalidad, en la gratuidad, en la aceptación de su eventual impotencia y de su posible rechazo, cuando y como nuestro amor a los demás se hace maduro como amor humano y evangélico, se hace como el de Jesús. El segundo: que es en el cara a cara íntimo con Jesús, en el dejamos lavar los pies por él, en el descubrirle en los cotidianos gestos de amor que recibimos, cuando y como nuestro corazón se hace sensible para el amor y fuerte contra la traición.

Contemplemos sí, como tantas veces hemos hecho, a Jesús a los pies de Simón Pedro. Pero contemplemos aún más a Jesús a los pies de Judas, a nuestros propios pies.

Textos de Darío Mollá Llácer sj

«Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43)
«Crucificaron a dos malhechores... uno a la derecha y otro a la izquierda» (Lc 23,33)

En esta mañana de Viernes Santo les propongo que, en nuestra oración, nos acerquemos al Calvario, ese lugar fuera de la ciudad en el que Jesús es crucificado, aplicándole, tras el proceso civil y religioso, la muerte de los esclavos. El gesto de Jesús como esclavo que lava los pies de sus discípulos, gesto que contemplábamos ayer, no era, pues un gesto vacío, una comedia, un gesto para la galería, o una pose para una fotografía virtual o para los pintores de épocas posteriores. El lavar los pies de Jesús a sus discípulos es la expresión de una dinámica de vida que comienza con la Encarnación y culmina con la muerte: «se despojó de sí mismo tomando condición de siervo... y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,6-8). Toma la condición de esclavo y muere como un esclavo.

Les propongo, además, que contemplemos al Crucificado no desde una cierta lejanía o desde una medida y cómoda distancia, sino que nos situemos en nuestra contemplación con María y con las otras mujeres, junto a la Cruz (Jn 19,25), al pie de ella, en esa distancia corta en la que es posible el encuentro cara a cara, el mirar y dejamos mirar, y en la que es posible también la escucha. Escucha de las palabras, si las hay; palabras que pronuncia un hombre exhausto, y que por tanto apenas son audibles para los cercanos e imposibles de captar por quienes se ponen a distancia. Y escucha también del sufrimiento: de la respiración fatigosa y del quejido doloroso de quien sufre. Contemplar es acercarse, contemplar es no perder detalle, contemplar es permanecer a la escucha con unos sentidos abiertos que sirven de cauce para que transite la gracia hacia un corazón receptivo. Cercanía y no lejanía, vivir en cercanía y no en lejanía es la primera invitación de este Viernes Santo. Cercanía a Jesús y a los hombres y mujeres de este mundo; cercanía al Crucificado y a tantos que sufren. Ser cristiano es acercarse, no dar rodeos cuando se hacen presentes en nuestra vida quienes sufren (Lc 10,29-37).

Acercarse a la cruz de Jesús en aquel día de Viernes Santo era físicamente peligroso para los seguidores de Jesús: por eso los más escaparon, y algún otro intentó seguirle a una calculada distancia, aunque acabó negándole y marchándose apenas fue reconocido, después de afirmar por tres veces que no le conocía. Hoy, para nosotros, ese acercamiento al Crucificado ya no es físicamente peligroso, pero sigue sin ser fácil ni cómodo ni indiferente. Ya nos va bien la distancia y, sobre todo, la prisa. Ver de lejos, pasar apresuradamente: toda una filosofía de la vida: la filosofía de nuestro modo de vida. Una filosofía que nos mantiene en lo más superficial de la existencia humana y que, al impedirnos o limitarnos la solidaridad con quien sufre, nos limita como personas y nos incapacita como cristianos. Porque la solidaridad casi siempre pide un rodeo en el camino prefijado y una pérdida de nuestro «precioso» tiempo.

En la cercanía vemos y escuchamos, y quizá también nos sorprendemos, que la cruz de Jesús no es la única que hay esa tarde en el Calvario. «le crucificaron a Él y a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda» (Lc 23,33). Esa izquierda y esa derecha que en su día pidieron los hijos del Zebedeo (Mc 10,37) son ocupadas hoy por dos malhechores; bien es verdad que Santiago y Juan pensaban en otras circunstancias bien distintas, en otra gloria y en otro trono. Jesús no ha querido morir en solitario, ser el único centro de mirada y atención. Aquel que quiso ser, desde el principio, «uno de tantos» (Fil 2,7) no ha querido que contemplemos su cruz aisladamente de otras cruces, sino enmarcado por ellas, situado entre ellas. Ya lo había profetizado Isaías en su Canto del Siervo «fue contado con los rebeldes» (Is 53,12) y Jesús recordó expresamente este versículo del profeta en su sermón de la Cena (Lc 22,37). El Jesús que muere, y su misma muerte, no es, pues, el héroe excepcional, medio Dios medio hombre protagonista de esas epopeyas del mundo clásico que busca ser admirado o cantado por las generaciones futuras; el Jesús que muere es el que ha unido su destino al de la humanidad, especialmente al de los pobres y sufrientes. El Jesús que, como formuló un teólogo, vivió con «malas compañías», muere también en mala compañía. Su muerte no es la muerte heroica del héroe, sino la muerte oscura del esclavo. No muere para ser admirado, sino para con su muerte dar la vida (Jn 3,14-17). Jesús uno de tantos, su cruz junto a otras: porque, en el Calvario y en nuestra vida de cada día, si nuestro propio dolor copa la escena, ¿qué nos va a quedar para tener compasión del mundo?

Y todo este misterio de Viernes Santo, este Crucificado entre crucificados y esta cruz entre cruces, también nos cuestiona mucho sobre nuestras búsquedas, nuestras imágenes, nuestras expectativas de Dios.

¿Dónde buscamos a Dios? Dios se hace presente y visible en unos lugares muy peculiares de la historia humana, fuera de los circuitos habituales o previstos,

paradójicamente en medio de sufrientes y excluidos. Está en la historia humana, claro que está: pero no lo encontraremos si no es la cruz de Jesús la que nos hace de indicador, de hoja de ruta de nuestras búsquedas de Dios.

¿Cómo buscamos a Dios? Algo nos dirá sobre la búsqueda de Dios el diálogo entre los malhechores y Jesús que escucharemos y meditaremos en los puntos siguientes, pero de entrada ya podemos afirmar que si no hay cercanía y permanencia «junto a la Cruz de Jesús», se hace difícil escuchar no ya su palabra, sino algo aún más importante y decisivo: el latido de un corazón que en su amor incondicional por nosotros se entrega «hasta el extremo» (Jn 13,1).

¿Cuál es nuestra imagen de Dios?, ¿la imagen de nuestras ensoñaciones o la imagen del Crucificado?: ya sé que cuesta ver a Dios en un hombre sufriente, crucificado, proscrito, pero esa es la fe, el desafío de nuestra fe. No es un dato irrelevante que sea el centurión romano, un pagano, quien reconoce la gloria de Dios en Jesús crucificado (Lc 23,47): nosotros, los oficial o ambientalmente creyentes, los hombres y mujeres que nos tenemos por religiosos, demasiadas veces asociamos la gloria de Dios a nuestra propia gloria, y así es imposible reconocerle: porque la gloria auténtica de Dios, la que Jesús da a conocer, no es otra que su entrega y su vaciamiento (Fil 2,7).

¿Qué expectativas tenemos sobre Dios? Pues, muchas veces, en el fondo, las mismas que las de los enemigos de Jesús: que baje Él de su Cruz y, más aún, que nos baje también a nosotros de las nuestras. Ni una ni otra se van a ver cumplidas. Y todo ello por amor.

Vamos ahora a detenemos unos minutos para contemplar con cercanía y con sosiego, en silencio lleno de apertura, deseo y humildad, a Jesús en cruz, y también la cruz de Jesús en el lugar donde tantas otras cruces se pusieron antes, hoy, y también mañana.

«Jesús, acuérdate de mí...» (Lc 23,42)

Tras nuestro acercamiento contemplativo al Calvario donde Jesús comparte su cruz con dos malhechores, les propongo como segundo paso de nuestra oración de esta mañana que escuchemos con atención las palabras que le dirigen a Jesús los dos hombres que están crucificados junto a Él. Estas palabras son, según los evangelios, las únicas palabras algo personales que Jesús escucha en la cruz. Todo lo demás es griterío ambiental. Griterío hecho de insultos, provocaciones, desprecio, de magistrados y soldados... Solo los malhechores se dirigen a él en un tono más o menos personal. Esta ausencia de palabras cercanas,

humanas, debió ser una experiencia bien dura para Jesús que pasó toda la vida pronunciando palabras de bendición, de consuelo, de perdón, palabras para aliviar el sufrimiento de los demás. El contraste entre las palabras que se dicen por Jesús a lo largo de su vida y las que escucha en el momento decisivo de la misma es bien llamativo e interpelador para nosotros.

Cada uno de los dos personajes se dirige a Jesús de modo bien distinto, pese a que ambos se encuentran en idéntica situación personal y en idéntica situación física y emocional con respecto a Jesús. Palabras distintas que reflejan también actitudes de fondo bien diversas. En idénticas situaciones, actitudes y respuestas pueden ser, y son de hecho, bien diversas.

El primero de los malhechores le dice: «¿No eres tú el Cristo? Pues sálvate a ti y a nosotros» (Lc 23,39). Sus palabras no son otra cosa que el eco de las que resuenan en el ambiente. «Sálvate»: le dicen a Jesús magistrados y soldados como provocación y como desprecio. «Sálvate» le dice el compañero de suplicio. Es la misma palabra, aunque, obviamente, desde situación y con intención diversa. En magistrados y soldados no pasa de ser una provocación llena de cinismo; en el ladrón expresa el deseo comprensible de ser liberado del propio y doloroso suplicio. El crucificado junto a Jesús ve, en la cercanía física a él y en la coincidencia temporal y espacial de ambas crucifixiones, una oportunidad para escapar de su destino. Sus palabras a Jesús no son tanto una provocación como una petición y un grito nacidos de la desesperación. Pide un milagro que le libere de su tormento.

La petición del otro ladrón es absolutamente distinta y, si la escuchamos y meditamos atentamente, es de una sorprendente e inesperada calidad humana viniendo de quien viene. Les hago notar algunos elementos importantes de la misma. Empieza por desmarcarse del ambiente, tanto en contenidos como en actitud: expresa ante Jesús una postura y una convicción realmente personales, sorprendentemente personales. No encontramos en sus palabras ni el cinismo de los enemigos ni la desesperación del compañero de tormento. Su petición tiene un contenido muy distinto: «Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino» (Lc 23,42). Nos encontramos ante una petición expresada con unas actitudes de fondo que la avalan ante Dios: cariño, humildad, confianza. Merece la pena saborearla como modelo de oración de petición.

«Jesús»: es la única vez en todo el evangelio de Lucas y la única ocasión en que alguien se dirige a Jesús utilizando su propio nombre. El dato es de una enorme densidad humana y teológica: es en boca de un marginal crucificado donde el evangelista Lucas pone por vez primera y única esta invocación tan cálida, tan cercana, tan llena de confianza. Más allá de tantas diferencias de naturaleza, de proyecto de vida, de historia como hay entre ellos dos, la cruz les iguala, les acer-

ca de un modo tan radical como misterioso. Decían los santos Padres que Jesús quiso encamarse y abajarse para que nadie le sintiera por encima, para que todos pudieran sentirlo cercano y confiar en él: incluso un marginal crucificado.

«Cuando vayas a tu Reino»: el buen ladrón expresa una confianza total en la realeza de Jesús, una sorprendente confianza en la realeza de quien comparte con él la cruz. Algo ha percibido en la cercanía e inmediatez a Jesús que le lleva a la fe. Una fe no sometida a condición alguna. Unos y otros, judíos y paganos, dicen que creerán si baja de la cruz, que creerán si hay signos externos, demostraciones, magia: sitúan la grandeza de Jesús en lo exterior, lo aparatoso, lo espectacular. Aplicando el esquema de este mundo, están pidiendo ese Mesías que Jesús siempre rechazó ser. Solo un oscuro e innominado personaje es capaz de descubrir la realeza, el poder y la gloria de Jesús, precisamente en el hecho contrario: en el no bajar de la cruz, y en lo que ello significa. Seguramente no por un discurso lógico o teológico, sino por el privilegio de ver y escuchar a Jesús de cerca. Entiende que lo que hace grande a Jesús es su amor, lo que le hace Salvador es la entrega de su vida. «Este nada malo ha hecho» (Lc 23,41) le dice a su compañero de suplicio. Esa es la grandeza de Jesús: que pasó haciendo el bien. Jesús en cruz no tiene ya nada más que demostrar para manifestar que nos ama. Y es ese amor el que nos salva.

«Acuérdate de mí»: tan sencillo como eso y tan poca cosa como eso. Simplemente le pide un recuerdo: ni un milagro, ni un privilegio o excepción, ni un premio. Sencillamente: no te olvides de mí. Ante Jesús sin condiciones, ante Jesús sin pretensiones, ante Jesús sin exigencias: así se sitúa el buen ladrón. Sin intentar aprovecharse de la excepcionalidad del momento. El centurión al que Jesús alabó por su fe le dijo «basta una palabra» (Lc 7,7); al buen ladrón le basta aún con menos: «basta un recuerdo». Cuando sea, cuando llegue el momento, sin plazo fijo...

Nos preguntábamos antes, ¿cómo buscamos a Dios?, ¿cómo nos situamos ante Dios?, ¿cómo nos acercamos a Él?

En la figura del buen ladrón y en su modo de acercarse a Jesús hay para nosotros un modelo no solo de oración, sino de vivir nuestra condición humana y todas las circunstancias de nuestra vida, incluso las más dolorosas, ante Dios. Y no solo ante Dios, sino ante los hombres y mujeres que están crucificados. Una manera de vivir y de situarse hecha de la humilde sencillez de no magnificar ni exagerar ni pedir explicaciones de aquella cruz que nuestra condición humana o la vida nos imponen, como a tantos y tantas a lo largo de la historia. Una manera de vivir y situarse que no duda ni del amor de Dios, ni de su apuesta por nosotros, ni de su sostén, ni de su voluntad de salvarnos, aunque no lo experimentemos como el liberador inmediato de nuestras angustias o sufrimientos de

ahora mismo. Una manera de vivir y situarse que sí espera de Dios y le pide con pasión «no caer en la tentación y ser liberados del mal».

Y una manera de orar que no es exigencia sino apertura de corazón, que no es fórmula sino pasión, que no pide milagros sino gracia.

Dediquemos ahora unos minutos a saborear y hacer nuestra la palabra llena de humildad y fe del malhechor crucificado junto a Jesús.

«Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43)

El tercer momento de nuestra oración de esta mañana puede estar centrado en la escucha y meditación de la respuesta de Jesús a la petición del buen ladrón. Una respuesta de un enorme alcance evangélico. Una revelación clarificadora de los «sentimientos» del corazón de Cristo. Jesús no deja sin respuesta una petición hecha con las actitudes que hemos contemplado. En otros momentos de la Pasión el Señor permanece en silencio; aquí no solo responde, sino que se vuelca en la respuesta.

Porque si algo impresiona a primera vista en la respuesta de Jesús a la petición del malhechor es su desmesura, la desproporción que existe entre lo que se pide y lo que se concede. Término a término, palabra a palabra, la respuesta de Jesús desborda todas las expectativas posibles contenidas en la petición que le ha sido hecha.

El «cuando» sin plazo y sin concreción de la petición se convierte en un «hoy». El término «hoy» aparece en el evangelio de Lucas vinculado a momentos enormemente significativos de la acción salvífica de Jesús. Recuerdo algunos: la noche de Navidad («hoy os ha nacido un salvador», Lc 2,11), la presentación solemne de la misión de Jesús en la sinagoga de Nazaret («esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy», Lc 4,21), la visita salvadora de Jesús a la casa de Zaqueo el publicano («hoy ha llegado la salvación a esta casa», Lc 19,9). El hoy salvador de Jesús se manifiesta también plenamente en la cruz en el «hoy» que Jesús responde al buen ladrón. El hoy de la encarnación, el hoy de la misión, el hoy de la misericordia unidos en el hoy de la cruz. Jesús se apresura a salvar, a dar la vida. Hoy es el día de la salvación, hoy Viernes Santo.

Y el «acuérdate de mí» de la petición del ladrón se convierte en la respuesta de Jesús en «estarás conmigo». La salvación que Jesús ofrece es la comunión con Él en la plenitud de vida. La promesa de Jesús para cada uno de nosotros no consiste simplemente en que estaremos vivos en su memoria sino que com-

partiremos su vida. En este «estarás conmigo» que ahora escuchamos vemos ya el cumplimiento de todo aquello que Jesús ha prometido horas antes a sus discípulos en el discurso de despedida que recoge el evangelio de Juan: «volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Jn 14,3). «Conmigo» es la palabra clave.

Ese «conmigo» impresionó tanto a Ignacio de Loyola que articula en torno a esa palabra la llamada de Jesús tal como él la entiende y vive, y toda su espiritualidad: «quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria» (EE 95). Y porque es una llamada y una oferta la de Jesús a una comunión con él, no solo «hay que ofrecer las personas al trabajo» (EE 97), sino que uno le expresa al Señor, con la misma desmesura con la que Jesús se expresa, sus deseos de «imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir en tal vida y estado» (EE 98). Asombrado por la contemplación de la desmesura del amor de Jesús por nosotros Ignacio se convierte él mismo en un «loco por Cristo».

La generosidad desmedida de la respuesta de Jesús a la petición del ladrón crucificado junto a él, evoca de inmediato en quien la contempla la misma generosidad desmedida del padre de la parábola de los dos hijos. Ante la tímida e interesada propuesta del hijo que vuelve «trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15,19) el padre responde celebrando una fiesta porque «este hijo mío» ha vuelto a la casa (Lc 15,24). Se cumple y evidencia aquello que Jesús expresa en el evangelio: «habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,7). La alegría genera siempre la generosidad, y a una alegría inmensa corresponde una generosidad desmedida, que debió sorprender incluso al mismo buen ladrón que nunca había podido esperar tanto: «hoy estarás conmigo en el Paraíso». Con un estilo quizá de otra época, pero con una concisión admirable se expresaba el famoso predicador francés del siglo XVII Jacques Bénigne Bossuet ante esta frase: «Hoy: ¡qué rapidez! Conmigo: ¡qué compañía! En el paraíso: ¡qué descanso!».

En esta escena del evangelio de Lucas encontramos, además, otra aportación muy importante para nuestra meditación y para nuestra vida cristiana. Se reflejan en ella de modo admirable las prioridades y sensibilidad que Jesús manifiesta en muchas de las páginas precedentes del texto evangélico.

El buen ladrón, marginal y crucificado, es el primero al que Jesús asegura de modo explícito su presencia en el Paraíso. Se está cumpliendo con hechos aquella palabra de Jesús que tan dura de escuchar y asimilar resultó a los oídos y al corazón de sus contemporáneos: «En verdad os digo que los publicanos y las

prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios» (Mt 21,31). O aquella parábola que también a nosotros, que nos tenemos por buenos, nos resulta tan incomprensible y tan difícil de aceptar: aquella del dueño de la viña que paga por igual a los trabajadores de primera y a los de última hora (Mt 20,1-16).

Quizá la contemplación de lo sucedido entre Jesús y el buen ladrón nos ayude a entender y aceptar algo más esas páginas difíciles del evangelio, y esas prioridades de Jesús que no son las de este mundo. Es en la cercanía entre crucificados, en el intercambio de miradas y sufrimientos, en el despojamiento total donde la cruz significa para uno y para otro, donde mejor se produce lo que la liturgia llama un «admirable intercambio», intercambio que es la salvación: Jesús asume, toma sobre sí nuestras muertes y nos entrega la plenitud de su vida.

Acerquémonos, pues, ahora con sencillez y admiración al misterio de la misericordia y de la vida.

Textos de Darío Mollá Llácer sj

«¿Tenéis aquí algo de comer?» (Lc 24,41)

Les propongo que sigamos esta mañana en la misma dinámica de sencilla contemplación de estos días pasados. Se trata de acercarnos a una escena del evangelio, de fijarnos en algún detalle sencillo, de saborearlo y profundizar en él. Hemos prestado atención particular a frases de Jesús y en ellas hemos descubierto un mensaje de vida que, atravesando el tiempo, llega también a nosotros.

Esta mañana escogemos para nuestra contemplación una de las apariciones de Jesús Resucitado que narra el evangelista Lucas en el último capítulo de su evangelio: la aparición a los apóstoles. Y dentro de esa aparición les propongo que nos centremos también en una frase de Jesús: «¿Tenéis aquí algo que comer?» (Lc 24,41). Posiblemente les sorprenda la frase que elijo por su aparente intrascendencia, incluso por su banalidad: Es seguramente la frase más sencilla y aparentemente menos trascendente de todo el relato. Pero, profundizando en ella, quedaremos aún más sorprendidos por el alcance que tiene. De entrada, quiero constatar que es una frase enormemente humana y cotidiana, una pregunta que hemos hecho todos nosotros muchas veces en la vida...: es, también, «una de tantas». El Jesús Resucitado es el Jesús humano, el glorificado es el encarnado en nuestra humanidad.

Pero antes de entrar en la contemplación y profundización de esta frase, y al igual que hemos hecho en días anteriores, atendamos al conjunto de la escena previamente a contemplar los detalles, porque así estos cobran su justo valor. Eso nos va a permitir, además, hacer una constatación más general sobre las apariciones de Jesús Resucitado que me parece importante.

La escena que contemplamos y en la que se sitúa esta frase es una escena de intimidad, de familiaridad, solo conocida por aquellos que la viven. Sin testigos ajenos a los propios protagonistas. Ayer, por el contrario, contemplábamos cómo la escena de la crucifixión era una escena pública, en espacio abierto, a la vista de todos. No dejemos pasar inadvertido ese contraste: por una parte, la «publi-

cidad», el carácter público, de la Crucifixión; por otra, la «privacidad», el carácter íntimo de las manifestaciones del Resucitado, no solo de esta, sino de todas las que aparecen en el evangelio.

Este contraste es un dato de un profundo valor teológico sobre el modo de hacer de Dios, sobre su estilo tan diverso al nuestro. ¿Verdad que nosotros lo hubiéramos hecho, lo hacemos de hecho, justo al revés? Hubiéramos ocultado lo más posible el fracaso y la humillación de la Cruz y hubiéramos «publicitado» al máximo posible el triunfo y la espectacularidad de la Resurrección. Es una manera distinta de hacer la de Dios y la nuestra, porque también son distintas las pretensiones e intenciones de Dios y las nuestras. La intención de Dios es suscitar la fe, el reconocimiento y la acogida personal, la humildad en la vida y en el seguimiento; nuestras pretensiones serían y son hacer patente nuestra victoria, convencer impresionando, sumar número sin importar calidad.

La resurrección de Jesús no es un fenómeno espectacular, lleno de apariencia, impresionante a los sentidos, tendente o capaz de acallar en su potencia y espectacularidad cualquier argumento de los enemigos o susceptible de imponerse con una evidencia literalmente aplastante a las dudas de los amigos. No. Se presenta con la misma debilidad con la que en el capítulo 2° del evangelio de Lucas se presenta el Salvador: como un niño recién nacido, necesitado de reconocimiento y acogida para sobrevivir y crecer. También el Resucitado necesita ser reconocido, aceptado y acogido para crecer en nuestro corazón... Así fue la obra de Dios, la mayor obra de Dios, y así es y sigue siendo.

Desde la contemplación y meditación de este misterio de sencillez, discreción e incluso ocultamiento de la Resurrección de Jesús, se nos hace una llamada importante. Somos llamados a entender, aceptar y vivir el misterioso, desconcertante y tantas veces insoportable escondimiento del bien en nuestro mundo y en nuestra historia. El bien, en cuanto obra de Dios, suele ser pequeño, sencillo, débil, necesitado de acogida para manifestar todo su poder y su fuerza; frente a un mal que aparece por todas partes, poderoso, innegable, avasallador. En esto encontramos el primer y elemental desafío que nos plantea nuestra fe en la Resurrección de Jesús: ser descubridores del bien oculto y débil, sencillo y escondido, discreto hasta casi la invisibilidad, que hay en nuestra humanidad y en nuestro mundo, porque solo descubriéndolo y acogiénolo, lo haremos crecer y le daremos su plena fecundidad.

Dicho esto, con carácter más genérico, vamos a intentar profundizar, de fuera hacia adentro, en los sentidos de la frase de Jesús.

a) Sentido profético

La escena íntima en la que se hace presente el Resucitado es una comida y con la comida se relaciona la frase. La comida es, en la vida humana, lo más sencillo y cotidiano y en el evangelio uno de los signos más queridos por Jesús. Si hubieran visto esta escena los enemigos de Jesús podrían seguir llamando al Resucitado «comilón y borracho» como se lo habían llamado al Jesús histórico (Mt 11,19)... Las comidas fueron en vida de Jesús signo de misericordia, promesa y anuncio de una alegría para siempre, signo de su entrega. En la misericordia, en la alegría que se comparte, en la eucaristía que se celebra en memoria de la entrega de Jesús y en nuestra comunión con esa entrega, el Resucitado anuncia su presencia. Hablábamos hace un momento de la continuidad entre el Resucitado y el Jesús histórico; también se nos manifiesta en esto: el Jesús Resucitado sigue haciendo de la comida y del banquete signo de evangelio, de buena noticia.

Pero hay un dato que quiero destacar y que les propongo a su meditación: de todas las comidas de Jesús que recogen los evangelios, solo una la organizó Él: la cena Pascual. En todas las demás, y son muchas, Jesús participa como invitado: invitado en las bodas de Caná (Jn 2,2), invitado en casa de Simón (Lc 7,36)... Invitado por otros, o autoinvitado... A bastantes de ellas Jesús se autoinvitó: se autoinvita en la escena que contemplamos hoy, se autoinvita en la aparición junto al lago que narra el evangelio de Juan (Jn 21,5), se autoinvita a comer en casa de Zaqueo (Lc 19,5) ... La frase que meditamos solo suele ser dicha por alguien que se ha autoinvitado. Solo quien se presenta cuando no se le espera y donde no se le espera pregunta: «¿tenéis algo que comer?».

Hay una diferencia importante entre el modo como acogemos a los que nosotros invitamos y la manera como nos situamos respecto a los que se autoinvitan, a los que se presentan de repente en nuestra mesa. Tener invitados es, incluso, señal de poderío, influencia y prestigio: «a esta boda fueron tantos invitados», o «he conseguido que D. Fulano venga a mi casa, acepte mi invitación a comer». Entonces toda atención es poca y todo gasto parece justificado. Pero de qué distinta manera acogemos al que de repente, o sin avisar, o fuera de hora, o el día más inconveniente o todo ello junto se nos presenta a comer y nos hace la preguntita: «¿tenéis algo que comer?». Se le suele acoger con un disgusto más o menos disimulado, más o menos educado, pero disgusto al fin y al cabo. Y el problema no es casi nunca que falte comida: hay de sobra; el problema es que molesta, que no controlamos, que introduce en nuestra vida lo no previsto. En esa situación las pequeñas molestias se exageran y todo es argumento válido para justificar nuestras pocas ganas de acoger.

Jesús Resucitado es, muchas veces en la vida, y hoy en esta escena, alguien que se autoinvita y que, de repente, aparece en nuestra vida en el momento y contexto menos oportuno preguntando si tenemos algo que comer, distrayendo nuestra atención de las cosas importantes en las que estamos metidos, molestando, interrumpiendo, pidiendo nuestra acogida...

Ese Jesús que ahora pregunta a sus discípulos si tienen algo que comer no es otro que el que les dijo que tomaría como signo de cariño hacia Él mismo un simple vaso de agua dado a un discípulo suyo (Mt 10,42), y el que dijo que cuando se constituyera como juez al final de la historia lo haría identificado con los hambrientos a quienes se da o no se da de comer o con los sedientos a quienes se da o no se da de beber (Mt 25,31-46). Cuando el rico Epulón excluye al pobre Lázaro de su mesa está anticipando su juicio y destino de condenación (Lc 16,19-22). No les resulta nueva, ni desconocida a los apóstoles esta postura de Jesús y saben que la pregunta es cualquier cosa menos banal. Con ella Jesús les está invitando no solo a que se den cuenta que no es un fantasma, que es Él mismo, sino a que aprendan a reconocerle en quien, hambriento, se acerque a ellos pidiendo pan o agua, reconocimiento de su dignidad y acogida.

Es muy evidente, evangelio en mano, que en quienes se acercan a nuestra puerta y a nuestra mesa bien colmada porque tienen hambre, porque confían en nuestra humanidad, está llamando a la puerta el mismo Jesús Resucitado: «¿tenéis algo que comer?» (Lc 24,41). Molestan ciertamente, porque ya lo teníamos todo bien organizado sin ellos. Llegan en número, tiempo y forma inadecuados: no nos han telefoneado ni nos han pedido permiso antes, no guardan cola o hartos de colas interminables y estériles se las saltan. Pero no vienen por gusto, vienen por necesidad, y con mucho dolor acumulado. Podemos argumentar y explicar, pero van a seguir viniendo mientras en nuestro mundo haya mesas colmadas y mesas vacías. Y nos preguntan si tenemos algo de comer, si tenemos trabajo que ofrecer, si tenemos posibilidades que darles para dignificar sus vidas. Esas preguntas y esas personas no nos pueden coger por sorpresa a los cristianos: ya las hemos oído antes, y ni más ni menos que en boca del Resucitado: «¿tenéis algo que comer?». El Señor espera ser invitado por nosotros a nuestras vidas y no solo en la intimidad de la oración, sino en la participación con los que necesitan de aquellos bienes que hemos recibido. Aunque lleguen fuera de tiempo y a deshora, cuando no les esperábamos...

b) Sentido sanante

Situarnos ante la frase de Jesús desde la literalidad del propio contenido nos ha abierto a su sentido profético. Vamos ahora a profundizar algo más en ella.

Y lo vamos a hacer atendiendo al contexto «histórico» en el que es dicha, a las circunstancias en que es pronunciada. Circunstancias que, como veremos, le dan un sentido nuevo y una nueva profundidad.

La escena que contemplamos esta mañana es el primer encuentro que presenta el evangelista Lucas entre Jesús y sus apóstoles tras la pasión y muerte. Tras la pasión y muerte de Jesús, y tras el abandono, la negación y la traición de ellos. No está allí el traidor, pero sí están aquel que había prometido dar la vida por él y se asustó ante la indiscreción de una portera, y aquellos que huyeron. Y están en una postura y situación no especialmente gloriosas para ellos: refugiados, metidos en su casa por miedo, escépticos ante las voces que les llegan de las mujeres o de otros discípulos que dicen que han visto al Señor. Como en tantos otros lugares del evangelio, miedo y falta de fe van juntos, son las dos caras de una misma moneda (Lc 8,25). Llenos de miedo, vacíos de fe... y podemos pensar que también muertos de vergüenza. ¿Qué va a pasar?, ¿qué les va a decir sobre su conducta el Señor abandonado y negado en el momento más difícil de su vida?, ¿qué consecuencias va a tener todo esto? Jesús tiene bastantes cuentas pendientes con ellos, y habrá que ver cómo y cuándo y por quién empieza a cobrarlas. La escena sucede en esta situación de tensión e incertidumbre, en el reencuentro difícil después de todo lo que ha pasado...

Bueno, la cosa no ha empezado mal, piensan los más optimistas entre ellos. Cuando ha hablado con las mujeres o con los de Emaús no les ha criticado, no les ha puesto en cuestión o desautorizado; no les ha culpabilizado directamente de nada, ni se ha quejado de su conducta. Sí, pero una cosa es eso y otra cosa es verse de nuevo cara a cara con Él, y verse cara a cara en la intimidad. Se sienten culpables, avergonzados, temerosos... Los optimistas siguen pensando que tampoco ha empezado mal este encuentro mismo: ha comenzado deseándoles la paz, como siempre, como tantas veces... Es verdad que les ha vuelto a echar en cara su miedo y su falta de fe, pero sin dureza especial, del mismo cariñoso modo que lo hizo en el lago el día de la tormenta, o que lo ha hecho muchas veces...: más en un tono de asombro y sorpresa que de enfado. ¿Qué más va a decir?, ¿qué es lo siguiente? Pues eso: lo siguiente es preguntarles si tienen algo que comer, si le invitan a comer... ¡Qué alivio! Ya me perdonarán este relato un poco novelesco, pero creo que ajustado a la situación que vivían los apóstoles cuando escuchan esta frase de Jesús. Contemplar es también fijarse en los sentimientos, llegar de las palabras y de los gestos a los sentimientos, y creo que más o menos estos pudieron ser los sentimientos de los apóstoles en esos momentos.

En muchas ocasiones de la vida tan o más importante que lo que se dice es lo que se calla, lo que no se dice, lo que se omite. Y es bueno que caigamos en

la cuenta de lo que hoy Jesús no dice a sus apóstoles, aquellas palabras que quizá ellos tenían y que, sin embargo, Jesús no va a pronunciar. No hay condenas: ni una sola palabra de condena, pese a que lo que han hecho es franca y evidentemente condenable en unos amigos: dejar solo al amigo en su hora más difícil. No hay ajuste de cuentas: ni una sola palabra en la que Jesús les pida cuentas o explicaciones de por qué hicieron lo que hicieron, o de si lo pudieron haber hecho de otro modo: no hay ajuste de cuentas no porque no haya cuentas que ajustar, sino porque ese no es el estilo de Jesús. No hay ni una palabra de lamento por lo sucedido, ni siquiera un pasar por la cara los hechos: es, literalmente, como si nada hubiera pasado. Juan cuenta un diálogo en el lago entre Jesús y Simón Pedro en el que Jesús con una finura y delicadeza exquisitas propicia que le pueda volver a expresar su cariño: pero lo que quiere que le exprese, lo que propicia que le exprese, es su cariño, no su culpabilidad.

«¿Tenéis algo que comer?» dicho en ese contexto y en esa circunstancia es decir: «aquí no ha pasado nada», «vamos a lo de siempre...». Como tantas veces en la vida, con una frase banal, cotidiana, inesperada, Jesús rompe definitivamente la tensión del momento, recomienza de nuevo la historia bruscamente interrumpida el jueves, también en una comida. Jesús perdona al estilo del Padre de la parábola: sin decir la palabra perdón. Nos encontramos pues, profundizando, que esta frase aparentemente banal de Jesús tiene un profundo sentido sanante de alcance misericordioso.

A partir de todo esto, podemos decir muchas cosas sobre el qué y el cómo del perdón cristiano! En definitiva, perdonar como Jesús es perdonar así, con esa sencillez, con esa limpieza, con esa gratuidad... Perdonar es dar al otro la oportunidad de recomenzar, y recomenzar nosotros mismos nuestra vida y nuestra relación con el otro, con toda la sencillez y cotidianidad del mundo, sin buscar ese gesto solemne que me hace sentir a mí estupendo y magnánimo, aún a costa de humillar al otro. ¡Qué evangélico, y qué humano, es perdonar así! La sencilla vuelta a la normalidad sin rencor, sin lamento, sin esperar el gesto o la palabra en la que el otro explicita (y a poder ser con detalles) su culpabilidad.

El perdón cristiano no es ni el momento siguiente ni la recompensa por una capitulación; el perdón cristiano se asienta sobre la humillación del ofensor; el perdón cristiano no es posterior al ajuste de cuentas: es más, si las cuentas ya están ajustadas, no hay nada que perdonar; el perdón cristiano rompe cuentas y facturas antes de presentárselas al deudor. Es seguramente algo tan sencillo como «¿nos vamos a comer juntos?», «¿tienes algo que comer?».

Obviamente ese modo de perdón no es exigible a todos, pero es el perdón en el que Jesús nos inicia y al que nos llama a sus seguidores..., y no una vez, sino «se-

tenta veces siete» (Mt 18,22), si hiciera falta: así se lo pidió Él a Simón Pedro, y así lo practicó Él con Simón Pedro. También obviamente, este modo de perdonar es gracia, es don, no está en solo nuestras manos. Pero es gracia que se nos da cuando la pedimos, y, sobre todo, cuando nosotros mismos nos abrimos al perdón de Dios.

c) Sentido teológico

Todavía es posible profundizar algo más en el sentido de esta frase de Jesús que hemos escogido como objeto de nuestra meditación de hoy, si la analizamos y reflexionamos desde otra perspectiva. Hasta ahora nos hemos fijado en el contenido literal de la misma, en un primer momento, y en las circunstancias en que fue pronunciada en un segundo momento. Podemos acercarnos a ella ahora desde la perspectiva del sujeto que la formula. Es Jesús Resucitado, la manifestación de Dios. Y ese Jesús Resucitado que nos revela y nos da a conocer a Dios («nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar», Mt 11,27) nos aparece en ella como alguien que pregunta y que pide. No sé si en nuestros esquemas y concepciones de Dios entra mucho eso de un Dios que pida y que pregunte; más bien tendemos a pensar que Dios es el que debe dar y el que debe responder y nosotros pedir y preguntar. Les invito a profundizar en esto, y a descubrir que la frase de Jesús que estamos meditando hoy no solo tiene un alcance profético o sanante, sino también teológico en el sentido más estricto de la palabra.

El Jesús resucitado pregunta y pregunta mucho: «¿por qué lloras?» (Jn 20,13), «Muchachos, ¿tenéis pescado?» (Jn 21,5), «¿Me quieres?» (Jn 21,16), «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» (Lc 24,17)... y nuestra pregunta base de esta mañana: «¿Tenéis algo que comer?» (Lc 24,41), y otras más... También el Jesús de antes de la muerte y resurrección preguntaba mucho, y a veces preguntas muy curiosas y sorprendentes, que precisamente por eso, tienen mucho calado, como aquella vez que le preguntó a uno que llevaba años enfermo y esperando que lo metieran en la piscina para sanarle «¿quieres curarte?» (Jn 5,6), o cuando le dice a un ciego que se pone ante Él «¿Qué quieres que te haga?» (Lc 18,41). El Dios que se nos manifiesta en Jesús es el Dios que pregunta, el Dios de las preguntas...

Dios pregunta para que también nosotros nos preguntemos, pregunta para que no nos instalemos en nuestras seguridades, en lo que a primera vista puede parecer evidente, en lo que siempre se ha hecho o ha sido, pregunta porque quiere que nuestra fe en Él sea una respuesta personal.

Este preguntar de Dios nos hace repensar muchas cosas sobre nuestra fe y sobre el modo como la entendemos. Quizá la fe no sea tanto una colección, un sistema de respuestas ya preestablecidas a las diversas preguntas y a los diversos interrogantes que nos plantea la vida: quizá la fe sea más el buscar siempre respuestas a las preguntas nuevas que desde tantos ámbitos de la vida se nos plantean. Y quizá la fe es creer en Dios que más que dar respuestas fáciles y falsas a nuestras preguntas lo que va a hacer es sumar sus preguntas a las nuestras y acompañarnos en el camino de nuestras búsquedas, como Jesús hizo con los de Emaús.

A veces pensamos, y pensamos mal, que para seguir a Jesús hay que tenerlo todo claro y todo previsto, o que la fe en Dios es no tener ninguna duda, ninguna pregunta. En ocasiones llegamos a asustarnos por nuestras dudas y preguntas. Pues quizá no. Quizá meterse en el camino del seguimiento de Jesús es mucho más meterse en un camino complejo que en un camino donde todo está asegurado de antemano. Quizá la fe sin dudas no es ni siquiera fe, sino que la auténtica fe ha de soportar sus propias dudas, y que no hay una fe auténticamente madura que no tenga atravesadas dudas en su cuerpo. Si Jesús pregunta, si Dios pregunta ¿por qué no, y cuánto más nosotros?

El Jesús Resucitado además de preguntar pide. Ya lo decíamos antes: se nos presenta en el necesitado, en el menesteroso, en el hambriento... Pero yo creo que hay otra trascendencia, otro alcance en ese pedir del Resucitado, que es manifestación del pedir de Dios.

El Jesús histórico pedía: por poner solo un par de ejemplos, pedía la fe para hacer milagros; o pidió los panes y peces para multiplicarlos: no quiso sacarlos de las piedras, sino multiplicar lo que la gente le dio. Jesús no quería dependientes de él ni pedigüños. Hay un momento muy trascendente en la historia de la salvación en el que Dios pide: cuando va a poner en marcha su obra salvífica y le pide a María su colaboración. Como nos la pide a cada uno de nosotros para salvarnos.

Jesús pide, Dios pide: ¿porqué eso es así?, ¿qué significado tiene? Pienso que un significado muy trascendente e importante. Dios quiere relacionarse con nosotros como quien se relaciona con un amigo, con la persona que ama. Y en el amor entre dos personas, para que sea de verdad amor y no sometimiento o dependencia u otra forma espúrea de relación, hay petición mutua y donación mutua. Dios quiere dárseos y quiere que nosotros nos demos a Él.

Ignacio de Loyola acaba sus Ejercicios con lo que llama la «Contemplación para alcanzar amor». Y al comienzo de esa contemplación pone una nota o adverten-

cia previa muy importante y pertinente en este momento: «El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro» (EE 231). Y Dios quiere que nuestra relación con Él sea de amado a amante: por eso da, pero también por eso pide.

Ese Jesús que pide y pregunta, y nos manifiesta a un Dios que pide y pregunta, nos abre la puerta a una relación con Dios que quiere ser relación de amor maduro, y no de dependencia o sometimiento o temor, y nos abre la puertas a una fe muy humana en sus preguntas y dudas, pero también muy divina en su amor y donación.